

MEMORIAS DE LA ESCUELA DE CAMINOS

ÉPOCA CONTEMPORÁNEA DEL CRONISTA

POR VICENTE MACHIMBARRENA

IX

Mi actuación en la cátedra de Arquitectura.

EL PARTENÓN. — CULTURA, PROFESIÓN Y CIENCIA. — EXCURSIONES ESCOLARES. — CONFERENCIAS DE LOS ALUMNOS. — ECONOMÍA SOCIAL.

Al ascender, en 1908, a Inspector General don Mariano Carderera, y ser nombrado Director de la Escuela, dejó vacante la cátedra de Arquitectura, y, sin previa consulta, me designó para sustituirle. Confieso que me halagó el encargo, pues dado el alto concepto que tenía del nuevo Director estimé como un honor el que me creyera capaz de desempeñar un puesto ejercido por él, durante treinta y cuatro años, con gran prestigio.

Le pedí consejo y orientación, pues me imaginaba que con su larga experiencia podría dárme los muy acertados. Me contestó afable y conciso, dentro de su carácter, que no los creía necesarios ni convenientes. Se limitó a decirmé que diese la asignatura de acuerdo con mis facultades, y así lo hice, con gran entusiasmo. Al principio, sin embargo, seguí su programa, que fuí modificando lentamente, y desde el primer momento cambié el aire de la clase y la finalidad de la asignatura. Carderera, al que admiraba, era un temperamento diferente al mío, y por ser, además de Ingeniero, Arquitecto, tenía una formación distinta. No podíamos enseñar del mismo modo, ni con igual tendencia.

No señalé libro de texto ni de consulta, y seguí en la enseñanza el método de explicación, a lo que se presta la índole de la asignatura. Mis lecciones duraban unos cincuenta minutos, tiempo máximo que se puede mantener la atención de los alumnos, siempre, además, que el profesor sepa interesar a éstos, lo que me hago la ilusión de haber logrado.

En una semblanza que hizo de mí un alumno — el que luego me sucedió en la cátedra de Arquitectura —, decía:

“Su oratoria era sencilla, cordial. En los instantes cumbres, el tono se elevaba insensiblemente, y cuando hablaba de algo excepcional — por ejem-

plo, del siglo de Pericles y de la pura maravilla del Partenón; que era el amor de sus amores —, la expresión y el acento se reforzaban con un expresivo guíño instantáneo; pero suficiente para lograr de nosotros el mismo efecto que esos astériscos del *Baedeker*, que marcan la obra de arte, en que es preciso detenerse, para que el viaje y la guía tengan íntegro aprovechamiento.”

Si he dejado hablar al discípulo es, advirtiendo, que lo hacía en un discurso de panegírico, en el que se extrema el elogio.

Se recuerda mi entusiasmo por el Partenón y el humorismo simpático de los alumnos, que busca la gracia en el fondo de las cosas serias, me compuso unos versos, que cantaban a coro, con música de la *Duquesa del Tabarín*, opereta de moda, en los que se burlan de mi fervor apasionado por la obra cumbre del arte arquitectónico.

* * *

Lo que principalmente me propuse con mis lecciones de arte, y puedo decir sin vanidad que conseguí, fué fomentar la cultura de los alumnos de la Escuela, para mantener en ellos despiertas, no sólo la inteligencia, muy cultivada en los demás estudios, sino también la imaginación, la sensibilidad y, en general, el conjunto de facultades que integran la personalidad humana. Este equilibrio ponderado es tanto más necesario cuanto más des cuidada esté, como ocurre en España, la segunda enseñanza, encargada de la cultura.

De acuerdo con esta orientación, fuí modificando el programa de Carderera, dando cada vez más extensión a la Historia de la Arquitectura, y como este bello arte es reflejo y condensación de las civilizaciones, fueron desfilando por mi clase desde las más remotas a la contemporánea, analizando los estilos que a su calor nacieron. Lograba así ensanchar el estrecho sendero que conduce fácilmente en una Escuela *especial* a formar el especialista inculto, tipo deformé de la civilización actual, que, cuando no hace o habla de lo único que sabe, se le ve o oye desorientado actuar extravagante o decir incoherencias.

La cultura sirve, en general, y por eso pretendí fomentarla en la Escuela, para inculcar la serie de conocimientos vitales necesarios para seguir con más seguridad el sendero de la vida. Cultura y profesión casan a maravilla, por ser actividades vitales que en todo momento reclaman la atención del hombre de ciencia, aunque no sea indispensable que el hombre culto y el profesional sean necesariamente hombres de ciencia en el amplio sentido de este concepto.

Por tanto, para la formación del ingeniero y su ejercicio profesional, la cultura, por su propia naturaleza, cuanto más amplia y completa sea, es mejor (1).

* * *

Para lograr este propósito fomenté también en la Escuela, cuanto pude, las excursiones escolares.

Con Carderera, la Arquitectura fué casi una asignatura técnica más del plan de enseñanza de la Escuela, y como era un espíritu solitario, no le gustaba hacer con sus alumnos visitas a las viejas ciudades, cruzando los caminos de España. Ni siquiera nos llevó a Toledo. En cambio, conmigo, más social y expansivo, venían gozosos a experi-

(1) Véase lo que, sobre este tema, dije en mi artículo de la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, *Cultura, profesión y ciencia*, de 1.º de mayo de 1931.

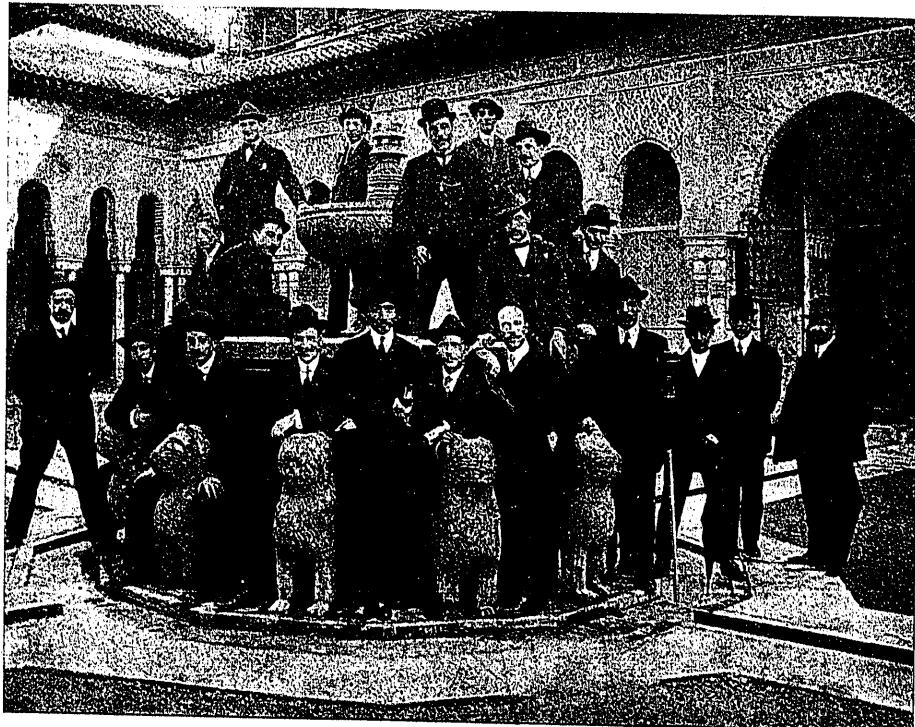
mentar las emociones estéticas que la contemplación directa de las obras de arte produce en el espíritu del hombre. Visité con ellos las ciudades monumentales de España, y allí donde no podíamos llegar, el aparato de proyecciones se encargaba de presentar ante la vista las obras arquitectónicas más notables del mundo.

Los profesores chapados a la antigua se mofaban de estas excursiones, por creerlas sólo motivo de holgorio; pero pronto se hicieron también en otras asignaturas (Geología, Hidráulica, Puertos, Materiales de construcción, etc.), para visitar obras, fábricas, museos, etc.

Como detalle curioso diré que, en la primera excursión que hice, venían dos alumnos que no habían visto el mar, y al año siguiente iban a estudiar la asignatura de Puertos.

No aprobaba mi asignatura aquél que no había hecho la visita obligada a Toledo, y casi todos los años hacíamos en primavera la excursión a Andalucía, para ver en Córdoba la famosa Mezquita, y en Granada la maravilla del palacio de la Alhambra, con sus jardines lozanos, gracias al agua abundante que mana de las nieves derretidas de Sierra Nevada. Al atardecer, nos reuníamos en los jardines del adarve, al pie de la torre de la Vela, para contemplar en silencio las mágicas puestas de sol, cuyos últimos rayos se reflejaban en la nieve de la sierra, produciendo cambios fantásticos de tonalidad, y, por la noche, que siempre era de luna clara, íbamos unos pocos, guiados por el Arquitecto conservador — un vasco, como yo, enamorado del monumento naserita —, a recorrer los patios de los Arrayanes y de los Leones, con la consigna de pisar muy suave y hablar muy quedo, para no ahuyentar la emoción de aquellos lugares a la pálida luz de la luna.

En mi tiempo de estudiante había alumnos que no salían de Madrid, o de su pueblo y Madrid, si eran provincianos. Cuando fui Profesor, gracias a las excursiones escolares, conocían, por haberlas visitado,



Grupo de alumnos en la Alhambra, en el año 1911.

todas las regiones de España, y sabido es lo que esto contribuye a la cultura.

* * *

Impuse a mis alumnos la obligación de pronunciar una conferencia sobre un tema artístico de libre elección, que cumplían con mezcla de temor e ilusión, por lo que se afanaban en estudiarlo. El trabajo era muy educativo, pues les acostumbré a investigar, lo que además era útil al Profesor. De lo poco que sé, algo me enseñaron mis discípulos. Uno de éstos, Espresati, habló de "La casa del Greco", creación del gusto depurado del Marqués de la Vega de Inclán, que, generosamente, la había legado al Estado. Fué tan poética y bien escrita la conferencia, que mereció ser editada por la Escuela, y presenté orgulloso al autor en el Instituto de Ingenieros Civiles, para que la repitiera y viese el público técnico el fruto de mis lecciones de arte.

En ese mismo curso, García-Diego, que me sucedió en la cátedra de Arquitectura, manteniendo superada mi orientación, pronunció también una romántica conferencia sobre "Toledo: jornadas sentimentales", de la que doce años después hizo una primorosa edición de sólo 50 ejemplares numerados, para repartirla entre sus compañeros de promoción. La dedicatoria y el ejemplar número 1 fueron para mí, que, con otros recuerdos íntimos, desapareció en el saqueo de mi casa por los rojos.

Otras conferencias de los alumnos aparecen publicadas, como ejemplos, en los anejos de los Anuarios de la Escuela.

* * *

No me limité a hablar de arte a los alumnos. Sabía que, desde los tiempos de D. Gabriel Rodríguez, imperaban en la Escuela las doctrinas económicas que pretendieron descubrir leyes naturales tan inflexibles y ciertas como las que rigen el mundo físico. Los Ingenieros miraban con simpatía esta tendencia, como afín al rigor matemático, base de sus conocimientos técnicos, que a mí me pare-

cía equivocada y hasta nociva a su formación espiritual.

En cambio, se tenía olvidada la Economía social, en la que, en vez de estilizar al hombre reduciéndolo casi a una flecha, como a las fuerzas de la mecánica racional, se le humaniza, para preocuparse de evitar en lo posible sus penas y dolores. El trabajo humano no es una mercancía sometida a leyes rígidas, que dejaron en los trabajadores del siglo XIX un gesto amargo, que condujo a la funesta lucha de clases.

Por impulso propio, de acuerdo con la Dirección de la Escuela, di unas veinte conferencias de carácter social, que, desde el curso de 1919 a 1920, se intercalaron entre las de Arquitectura. No eran tan heterogéneas como a primera vista parece, ya que la Arquitectura es el bello arte social por excelencia, por lo que no es difícil encontrar en ambas materias analogías y cierta unidad de pensamiento, sobre todo si se tiene en cuenta que la finalidad que me propuse en ambas fué fomentar la cultura del Ingeniero en aquellos conocimientos que, sin ser de los que caracterizan nuestra profesión, le son necesarios para intervenir con tino en los problemas sociales y artísticos que con frecuencia se presentan en el ejercicio de la ingeniería.

Los temas de dichas conferencias sociales no eran los mismos todos los años. Elegía los que me parecían más interesantes, a fin de despertar en los alumnos la afición a estas materias y ponerles en condiciones de abordar el estudio de cualquier cuestión del mismo género; para lo cual, incluso hubo algún año en mi clase sesión de controversia entre los alumnos, bajo mi dirección, lo que les estimulaba al estudio personal, a fin de hacer buen papel en las discusiones.

* * *

Expliqué la asignatura de Arquitectura y Legislación obrera hasta el curso de 1924-25, en el que simultaneé dicha clase con el cargo de Director, para el que fuí elegido en la forma que diré en el capítulo siguiente.